

ron líneas regulares de troneras, en las cuales se clavaban clavos de cobre, para acomodar las planchas de metal que servían de adorno interior. Finalmente, una puerta más pequeña practicada en un oscuro aposento, abierto en las peñas, sin obedecer á una severa simetría, conduce al lado septentrional del Tholos, es decir, á la entrada principal. Al terminar este edificio, que en su conjunto es un subterráneo, se amontonó sobre el mismo toda la tierra sacada de la colina, con cuyo peso estuvieron entre sí sostenidos los círculos de piedra de la bóveda. Este Tholos y otros edificios semejantes, contenían sepulcros y tesoreras: el aposento practicado en las peñas servía de mausoleo; y la bóveda circular contenía las riquezas y objetos preciosos, no del jefe existente, los cuales por regla general se guardaban en la Acrópolis, sino de sus ascendientes que habían merecido el nombre de príncipes de la guerra. Schliemann encontró también en la Acrópolis sepulcros con restos humanos y valiosos objetos de oro.

VIII.—ÉPOCA DE LOS AQUEOS

De todo esto se deduce claramente que en una parte considerable del mundo griego había comenzado á florecer gradualmente un elemento no despreciable de cultura. Por fortuna los licenciosos ritos del culto fenicio fueron abolidos; aunque por desgracia no desaparecieron tan por completo los sangrientos rasgos del mismo. La guerra y las batallas originaron entre los griegos, como despues entre los romanos, hasta en los tiempos de su mayor civilización, un derecho de guerra que aniquilaba todo derecho particular de los vencidos, entregaba á las llamas las ciudades conquistadas y ponía en manos del vencedor, á manera de botín, las personas y las familias de los enemigos. Pero la misma lucha perdió gradualmente su antigua y bárbara forma, empleándose contra los enemigos otros medios reconocidos como más nobles. Los caballeros griegos, que gozosos acometían en la batalla montados en carros, que lanzaban contra el enemigo sus terribles dardos y que pocas veces hacían uso de la espada y menos del arco, buscaban con preferencia la lucha cuerpo á cuerpo con adversarios de igual fuerza y evitaban, por regla general, ensañarse con los hombres vulgares. Siempre, á pesar de todo, se sostuvo la bárbara costumbre de arrancar el vencedor, como botín, las armaduras de los enemigos heridos y aun palpitantes. Consecuencia de estas guerras fué la esclavitud, otra de las bases fundamentales de los mismos Estados helénicos, esclavitud que de positivo se aumentó despues de la emigración dórica, gracias á la mayor extensión que adquirió el carácter político de la Grecia. Es, sin embargo, muy notable que la antigua rudeza y la sangrienta rusticidad disminuyeron poco á poco en este noble pueblo, habiendo desaparecido del todo precisamente en el momento terrible en que la ardiente pasión de los griegos había derribado todos los diques. El asesinato y el homicidio, tales como los encontramos descritos en las antiguas tradiciones, dejan de ser acontecimientos diarios. Tampoco la venganza

sangrienta toma la forma horrible, que reviste en siglos posteriores entre los corsos y los mainotas; por el contrario, se presentan vestigios y tradiciones de un hermoso y moral idealismo. La delicada amistad, la estimación y respeto de los jóvenes griegos á los ancianos, que parece completamente fabulosa para la juventud actual; la noble fidelidad de las mujeres; el buen sentido familiar que hasta nuestros días ha caracterizado á los griegos; la elevada concepción moral de lo bueno y de lo noble, brillan entonces en las tradiciones del mundo antiguo de los aqueos, dándoles un carácter apacible y grato para el corazón.

En cuanto á las costumbres y al cielo de los griegos, tales como aparecen en las narraciones de la época aquea, sobre la base del poema homérico, hablaremos de ellos al describir el período en que probablemente aparecieron estas composiciones épicas.

Terminaremos el presente capítulo con una ojeada al nacimiento de una institución, que en aquel antiguo tiempo era á propósito para armonizar, en el terreno común del culto, las diferencias entre las razas y cantones griegos, y para establecer entre ellas amistosas relaciones.

Nos referimos á los sacrificios en común, ó sea al principio de las anfictionías ó reuniones de varias estirpes para la celebración de determinadas fiestas de sacrificios. Entonces se nos aparecen los maleos, los tesálicos magnetas, los perreos, los friotas, los eteos, los dolopes, los locrios, los focenses y una rama jónica de la Eubea, ofreciendo durante el otoño, despues de la cosecha, sacrificios á Anthela, en las Termópilas, y á Demeter el del agradecimiento común por la bendición del año. Los jonios de la costa septentrional del Peloponeso ofrecían, en las playas del Hélica, sacrificios de animales á Poseidon, en honor del cual celebraban, asimismo, durante el verano una gran fiesta de sacrificios los jonios de Atenas, Megara, Corinto, Epidaurio y Trezene, reunidos y dirigidos por los atenienses descendientes de Teseo. Del propio modo se reunían en la isla de Calauria, para el servicio de Poseidon, los minios de Orcomene, los griegos de Atenas, Egina, Epidaurio, Trezene, Hermione, Nauplia y Prasia.

Estos sacrificios eran sumamente ricos, inmolándose en ellos gran número de terneras y ovejas.

Las divinidades griegas eran veneradas sin templos ni ídolos; tan solo entre las razas caballerescas las familias conservaron en sus altares y en sus mitos, mezclados con ciertos sacrificios, los cantos sagrados y las solemnes evocaciones de la divinidad, es decir, el servicio y los usos religiosos, transmitiéndolos de una en otra religión.

La vida griega había tomado una forma en extremo rica, cuando se sintió la última de las antiquísimas conmociones del pueblo de la península ilírico-griega, conmoción general que se extendió por todas las comarcas, desde el Olimpo al promontorio de Malea y desde el mar Jónico á las montañas del Asia menor, á la cual debió la Grecia entera la fisonomía etnográfica que la ha distinguido hasta la emigración de los búlgaros y de los eslavos.

CAPITULO III

EMIGRACION TESÁLICO-DÓRICA Y SUS CONSECUENCIAS.—LA NUEVA GRECIA HELÉNICA

- I. Emigración tesálico-dórica y sus consecuencias.—II. Atica.—III. Emigración griega al Asia menor.—IV. La nueva Grecia helénica.—V. Los grandes grupos de raza helénica.—VI. Carácter nacional helénico.—VII. Carácter de las razas.—VIII. El nombre de *helenos*.—IX. Religión y poesía helénicas.—X. Estado de cultura de Grecia.—XI. Laconia.—XII. Constitución de Licurgo en Esparta.—XIII. Periecas é ilotas.—XIV. Licurgo é Iphitos: comienzo de la era de las Olimpíadas.

I.—EMIGRACION TESÁLICO-DÓRICA Y SUS CONSECUENCIAS

La historia de la inmigración de las antiguas razas en la comarca que se extiende al Sur del Olimpo, está envuelta en la más profunda oscuridad, no siendo tampoco muy posible llegar á resultados ciertos acerca de la conmoción de los pueblos consumada en varios cantones en época anterior á la de los dorios. En cambio la tradición griega la explica, atribuyendo la alteración del mapa de Grecia, al terminar el período aqueo, al cambio decisivo de la forma política del antiguo mundo griego, y el restablecimiento de aquel sistema etnográfico, con que comienza la historia griega durante el período helénico, á una última emigración de los pueblos del Norte, que comenzó, según la cronología comunmente seguida, en 1124 antes de Jesucristo, esto es, 60 años despues de la pretendida conquista de Troya.

Nuevas investigaciones cronológicas han puesto, sin embargo, de manifiesto que probablemente, en conexión con la cronología antes citada de las relaciones greco-fenicias y sus consecuencias, la última gran conmoción etnográfica que aconteció en el suelo griego, debió de haber comenzado más de cien años despues de la mencionada fecha, es decir, allá por el año 1000 antes de Jesucristo. Probablemente dieron lugar á esa conmoción algunos pueblos septentrionales, hasta entonces desconocidos. Algunas generaciones antes, la invasión de los peonios pertenecientes á la familia frigia había roto en el territorio macedónico, al lado Norte del Olimpo, la conexión de las antiguas razas griegas, arrastrándolas, por decirlo así, y dando origen á un nuevo empuje de elementos pelásgicos hácia la cuenca del Peneo; y de un modo igualmente intolerable parece haber pesado al Oeste del Lacmon y del Pindo la presión de los ilirios procedentes del Norte, sobre los pueblos pelásgicos del Epiro. A partir de este punto nace el grande empuje que debía trastornar las instituciones de los Estados, fuertemente unidos, del período aqueo. La tradición de los griegos y la cronología común á ella enlazada, omiten, sin duda, la completa y monstruosa revolución que cierra el período aqueo y cuyas consecuencias se consumaron incluso la extensión de los griegos por el mar Egeo y el Asia menor occidental, en el espacio de 80 años. La investigación ha encontrado otras noticias, y nos muestra que los antiguos Estados, con una excepción en la Grecia central y otra en el Peloponeso, desaparecen ante las razas venidas con la corriente de la nueva emigración. Muéstranos además que restos y miembros dispersos de las antiguas razas y comunidades, destrozadas entre sí, son vencidos en todos los puntos del continente griego. Pero todavía trascurrieron muchos siglos hasta que los nuevos conquistadores pudieran vencer la última oposición que en sus nuevas residencias se les hacía, y sobre todo hasta que nacieron las relaciones de paz y tranquilidad aqueude y allende los mares.

No debe olvidarse que desde esta conmoción aparece en la historia de Grecia una institución nueva y poco consoladora; nos referimos al hecho repugnante de que la formación de los Estados de la nueva Grecia se lleva á cabo, en una parte no pequeña del territorio, sobre la base de la esclavitud y de la opresión.

Esta importantísima variación se verifica de la manera siguiente. Ante la presión de los ilirios, una parte importante del pueblo epirota del Thesproter, los tesalios, sale en 1124, según la cronología usual, del Epiro, y por el Pindo pasa al territorio del valle del Peneo que, á causa de esa nueva emigración, tomó al principio el nombre de Tesalia. Durante la tarea de afirmar el helenismo en el Epiro, que desde ese tiempo correspondió á los valientes molosos, se precipitaron los tesalios desde el Pindo hácia el Este, con estrepitosa energía, sobre los civilizados griegos que poblaban la comarca baja, y destrozaron con rápido éxito sus Estados. Aquí se presentan dos consecuencias, que se suelen enlazar con la catástrofe entonces iniciada en varios cantones del mundo griego. Los más rudos, soberbios y enérgicos elementos de la antigua población, si no perecen en la lucha, se deciden á su vez á emigrar y á fundar, por medio de las armas, una nueva patria. Los lapitas y los minios de Yolcos se dispersaron sin duda por las varias comarcas de la Grecia; al paso que los rudos arneos emigraron en masa hácia la Grecia central, se precipitaron sobre la cuenca del Copai, en donde destrozaron los antiguos Estados de Tebas y Orcomene, arrojaron de allí á los elementos hasta entonces preponderantes, y finalmente, reunieron bajo su nueva soberanía toda la comarca que conoce ahora la historia con el nombre de Beocia.

En Tesalia los nuevos señores oprimieron á los antiguos habitantes á quienes habían sujetado y que habían permanecido en el país, reduciéndolos á la condición de siervos. De este modo nació aquella institución perjudicial que desde entonces vemos repetirse, no solo en los nuevos Estados griegos, sino en los posteriores dominios coloniales helénicos, y que produjo en Tesalia, hasta muy entrada la época romana, la más horrorosa situación social. El nombre histórico de los antiguos habitantes de la cuenca del Peneo, reducidos á esclavitud, es el de penestos.

Mientras los arneos se ocupaban en redondear su conquista de la Grecia central, y mientras los tesalios se preparaban convenientemente para sujetar á los pueblos guerreros que habitaban las elevadas comarcas que circundan el territorio del Peneo, verificaba uno de estos pueblos la conmoción que debía resonar hasta el Citeron y aun más lejos, de un modo nuevo y peculiar, hasta las últimas comarcas meridionales del Peloponeso. Nos referimos á los dorios, hasta ahora poco nombrados, que habitaban en la vertiente meridional del Olimpo, y una parte de los cuales se extendió

probablemente al Norte de los montes cambunienses, por la comarca macedónica de Elymiotis, en el Haliacmon. Los tesalios, en su huida ante la invasión de los ilirios, arrojaron de su sitio a los dorios del Olimpo. Mientras los dorios de Elymiotis tomaban gradual incremento, formaron un solo pueblo con los habitantes de las elevadas comarcas de Orestis, los dorios olímpicos se abrían con las armas un camino hacia el Sur, es decir, hacia las alturas del Ceta, arrojaban de su territorio a los driopes que habitaban en la cuenca del Cefiso, entre aquella montaña y el Parnaso, y que entonces se retiraron al Sur de la Argólida; y sentaban, finalmente, su fuerte planta en la Grecia central. Pero la pequeña comarca que, desde entonces, conservó el nombre de Doria, no tenía más de cuatro millas cuadradas, extensión que no era suficiente por mucho tiempo para el numeroso pueblo dórico, desperdado ya para la conquista guerrera. Al decir de la tradición común, unos veinte años después (1104) de la invasión de los tesalios, la masa principal de los dorios, bajo la dirección de sus caudillos los Heráclidas, que se decían descendientes de Hércules, se puso en movimiento hacia el golfo de Corinto. Engrosado su número por una multitud de etolios, mandados por Oxylos y procedentes del país meridional griego de Etolia, entonces ya unido y civilizado, atravesaron el angosto paso del Rhion e iniciaron la conquista del Peloponeso por el ángulo Noroeste de esta península.

La costa septentrional jónica del Peloponeso y la Arcadia, resguardada por sus altas montañas, con su ruda población, no tenían atractivo alguno para los conquistadores septentrionales.

Poco costó a los etolios conquistar la comarca baja de los epeos, en la cual fundaron una nueva soberanía, cuyo centro fué la ciudad de Elis, situada en una colina del Peneo peloponésico.

Los dorios, por el contrario, atravesaron, según parece, el camino del valle del Alfeo, por la Arcadia meridional, hasta el territorio superior de este río, en cuyo punto se dividió la expedición. Una parte de los expedicionarios, bajo la dirección del heráclida Cresfonte, se dirigió al valle mesénico del Pamiso; hizo de Esteniclario el centro de su soberanía, y destruyó el imperio de los Nelidas de Pylos, cuyas caballerescas razas emprendieron la fuga en dirección al Atica. Los restantes dorios avanzaron mucho más lentamente por la principal comarca de los civilizados aqueos, que se extendía al Sudeste y al Este del Peloponeso. Los dorios probaron en el transcurso de los posteriores siglos que no siguieron en todas partes las huellas de los cultos jonios en lo que se refiere a los adelantos de la civilización; así es que por algún tiempo fueron un pueblo montañés y rudo.

La experiencia de los campos de batalla desacreditó por todas partes el antiguo modo caballeresco de combatir de los aqueos, porque la masa compacta de la infantería dórica se defendía con largas lanzas de fuerte empuje. En cambio, los conquistadores septentrionales no pudieron en modo alguno apoderarse de los amurallados castillos y ciudades aqueas.

Esta dificultad obligó a los dorios a echar mano de un procedimiento empleado 2,200 años después por los caballeros franceses que trataron de conquistar las fortalezas de los griegos del antiguo imperio bizantino, en completa decadencia. Constituyeron en las cercanías de las principales poblaciones aqueas, fortificaciones o simplemente campamentos, desde los cuales bloqueaban y observaban incesantemente a sus contrarios, hasta que los aqueos abandonaban sus poblaciones o se veían obligados a aceptar una capitulación. De uno de esos campamentos, que los dorios establecieron en el Eurotas contra la fortaleza aquea de Amicla, salió posteriormente la nueva soberanía dórica de Esparta.

La tenaz resistencia que en Amicla (Laconia) sostuvieron los aqueos contra los conquistadores, fué causa de que pasaran muchas generaciones sin que se consolidase un nuevo estado dórico; y asimismo ocasionó, probablemente, que un gran número de dorios renunciase a la conquista del valle del Eurotas y se dirigiesen hacia el Este al Parnon y a la costa del golfo de Argólida. Aquende el mar se conquistó, bajo la dirección del heráclida Temenos, la costa que se extiende junto a Argos, se fundó la antigua villa de Temenion, y se consiguió, por fin, la capitulación de Argos, que desde entonces fué el nuevo centro de la dominación dórica en el Peloponeso oriental, desde el cual fueron poco a poco conquistándose y asimilándose a los dorios Flio, y las plazas jónicas de Sicione, Trezene, Epidaurio y finalmente Corinto. Las consecuencias de la conquista fueron aquí muy distintas que en Grecia. Mientras el pueblo de mas remoto origen de la comarca llana y de los pequeños lugares fué reducido a esclavitud, subsistían las antiguas ciudades-castillos, como Micene y Tirinto, prosperando Argos bajo la dependencia dórica. En las ciudades de las comarcas del Peloponeso que habían sido conquistadas por los dorios, fué admitida, aunque con menos derechos, en la nueva comunidad una parte de la antigua soberanía.

Sin embargo, la inmigración en Grecia llegó a un punto poderoso e importante bajo el punto de vista histórico. Es muy probable que los conquistadores dorios se asimilaran muchos restos de las antiguas razas destruidas de la Grecia septentrional y central. Allí donde la dominación de los antiguos Estados aqueos y jonios fué conmovida de un modo mas completo, y donde de década en década debía serlo cada vez mas profunda y fundamentalmente, allí comienza esa corriente de las masas griegas, que habiendo sido arrojadas de sus residencias, se dirigían a otros territorios, a los cuales no había llegado la espantosa catástrofe.

II.—ATICA

La tradición distingue tres direcciones diversas que tomó la emigración de las razas antiguas. En un principio, aquel cantón que al terminar el período aqueo aparece unido y fuerte, es a saber, el Atica, llegó a ser el refugio mas solicitado por los emigrantes griegos de distintas razas. La inundación de los tesalios y los arneos que rebasaron los unos la cuenca del Peneo y los otros la del Copai; la destrucción del reino de Pylos llevada a cabo por los mesenios, y la posesión de la costa jónica conquistada por los dorios de Argos, fueron causa de que grandes masas emigraran al Atica, movimiento que siguieron pronto otras tribus jónicas. Una parte importante, especialmente de las razas aqueas, que antes de la invasión de los dorios desesperaron de sostenerse en los cantones orientales del Peloponeso, abandonó sus antiguas residencias y en son de conquista se arrojó sobre la costa septentrional jónica del mismo, que fué poco a poco trasformada en una nueva Acaya, después de haberla abandonado una parte considerable de sus habitantes jonios.

Este paso de un número tan grande de fugitivos, aportó a la pequeña Atica nuevas e importantes fuerzas; y a estos emigrantes atribuyó la tradición la resistencia feliz que debía realizar esa comarca cuando las tropas del conquistador se aproximaron a los límites de su territorio. Esta parte de la Grecia central estuvo seriamente amenazada dos veces, primero por los beocios, cuando el rey Janto, biznieto de Ofeltas, que primero condujo a los arneos al Copai, se arrojó sobre la Atica, debiendo entonces decidirse la guerra por un desafío entre él y el rey Tymotas, el último de los Tesidas. Ante la negativa del caudillo ático, Melantos, bravo nelida descen-

diente de una de las razas que huyeron de Mesenia al Atica, se ofreció a sustituirle y dió muerte al príncipe beocio. Entonces la nobleza ática obligó a Tymotas a renunciar la jefatura, en vista de su ineptitud para gobernar en unos tiempos tan difíciles, y proclamó por príncipe a Melantos. Su hijo y sucesor Codro se vió después (según la cronología común en 1066 ó en 1046) amenazado de un peligro mayor. Los dorios, que desde Argos y Corinto atravesaron el próximo istmo y arrebataron la Megáride a los jonios, quisieron también conquistar el Atica. Entonces, Codro con incomparable abnegación, libró a su pueblo de la servidumbre: un oráculo, así lo cuenta la tradición, había prometido al príncipe dorio la victoria, con tal que ninguno de los suyos causase mal al rey de los áticos: sabedor de esto Codro, se introdujo vestido como un labrador en el campamento enemigo y provocó a un guerrero hasta que, trabándose una lucha, encontró la muerte en ella el magnánimo rey, a quien sus enemigos no habían conocido. Cuando los caudillos dorios tuvieron noticia de lo acontecido, desistieron espontáneamente de acometer a los áticos y de apoderarse de Atenas.

En todo caso el Atica evitó el peligro de una invasión de los beocios y dorios, aunque sus habitantes no consiguieron defender la Megáride. Pero la pequeña comarca no estaba formada para sufrir como población fija dentro de su territorio las exuberantes masas de emigrantes griegos: así es que aun cuando desde entonces fueron recibidos entre los áticos numerosas razas extranjeras como familias jónicas, lapitas y pilicas, la mayor parte de estos fugitivos fueron sucesivamente extendiéndose mas allá de las fronteras áticas. Las nuevas poblaciones de los emigrantes tesálico-beocios, que desde el Atica se dirigieron a Calcidia, Lemnos, Imbros, Samotracia y otros puntos, han tenido escasa significación histórica, exceptuando los minios de Thera. Mas poderosa fué la corriente de los jonios hacia las islas del mar Egeo y del Asia menor, corriente que ni toda salió del Atica ni atravesó por ella.

Según la tradición de los griegos, una parte importante de los aqueos del Peloponeso arrojados de sus residencias, encontró el camino hacia las costas, gracias al cual debía florecer una nueva Grecia asiática. Esa emigración aquea o eólica, dirigida por los pelopidas, pretendidos descendientes de Agamemnon, salió del Peloponeso y se arrojó hacia la línea Noroeste de las islas y costas del Asia menor, en el año 1054 antes de Jesucristo. La emigración jónica hacia las muchas islas que se alzan entre el Atica y las costas de la Lidia, que entonces procedente de Atenas se dirigió a las orillas lidias y a las septentrionales carias, debió de haber comenzado bajo los príncipes descendientes de Codro en 1044 antes de Jesucristo, según la nueva cronología justificada, que naturalmente no concuerda con la antigua. Compréndese que de la colonización oriental aquea, lo mismo que de la jónica, resultaran varias expediciones; que posteriormente se incorporaron a ambas masas principales numerosos restos de las razas emigrantes, que después se fundieron íntimamente con las principales razas nuevamente formadas; y que finalmente la colonización se dirigió gradualmente de las islas al continente del Asia menor, por donde se extendió después de tenaces luchas con los antiguos habitantes.

Los aqueos que permanecieron y preponderaron sobre los griegos en Argólida y Laconia, conquistaron primeramente una isleta junto a Lesbos, después esta misma preciosa isla en donde se había fundado la ciudad de Mitilene, y luego a Tenedos. Pasado poco tiempo, atravesaron el estrecho que separa a Lesbos de las costas misias y fundaron la ciudad de Cime. Como en el entretanto los jonios habían conquistado algún territorio al Sur de Cime, los griegos de las costas misias, atacados por los de esta ciudad y los de Mitilene

se dirigieron hacia el Norte. La ciudad de Esmirma, situada mas hacia el Sur, fué bien pronto (850 antes de Jesucristo) conquistada y jonizada. En posteriores avances hacia el Norte, es decir, hacia el golfo de Andramythion, conquistaron y helenizaron entonces, los aqueos especialmente, la península de Troya, territorio del monte Ida y comarca de los teucros, consanguíneos de los antiguos griegos. De este modo se fué conquistando la mayor parte del litoral, hasta que se inauguró la era de las Olimpiadas. La conquista y helenización completas de la península coinciden con la historia de la nueva propagación que en sentido colonizador llevaron a cabo todas las razas helénicas en una gran parte de la costa del Mediterráneo, terminando en este sitio hacia el año 500 antes de Jesucristo.

III.—EMIGRACION GRIEGA AL ASIA MENOR

La emigración jónica se apoderó poco a poco primero de las islas que se alzan entre el Atica y Amorgos, después de las grandes islas asiáticas Chio y Samos, y finalmente del territorio de Asia trazado frente a esas islas por la misma naturaleza. Es indudable que no todos los jonios partieron hacia el Este de Atica. Varias tropas salieron inmediatamente de sus antiguas residencias Flio y Epidaurio; pero las mas poderosas fundaciones, como las colonias jónicas de las Cícladas, y mas allá Mileto y Efeso, fueron de nuevo reducidas al dominio de los jonios arrojados del Atica.

Aunque los magnesios de la abrupta comarca de la cuenca del Peneo, que junto con los aqueos y los jonios habían sido arrojados al Asia menor, se arriesgaron a construir sus ciudades junto al Hermos y al Meandro, es decir, mas adentro del territorio cario y lidio, dándoles los nombres de la patria que dejaban, todavia algunos dialectos locales demuestran la mezcla de minios, cadmeos, abantos, driopes, pilios y focenses con el núcleo jónico. El nombre de la ciudad Focea, al Sur de Cime, recuerda la emigración de los focenses. Mas adelante los conquistadores jónicos arrojaron en parte de su patria a los primitivos habitantes carios, y en parte los sojuzgaron y redujeron a esclavitud. Entre tanto los griegos tuvieron que luchar en el continente parte con los lidios, parte con las poblaciones carias. Así como el sojuzgado elemento cario logró en muchos puntos entrar en relaciones amistosas con los indígenas de aquellas costas, en el continente fué sometido en el territorio de las nuevas ciudades. La superioridad de los griegos sobre los asiáticos fué aumentando de raza en raza, hasta el punto de que los jonios helenizaron gradualmente por completo una gran parte de aquel territorio y pudieron extender sus límites hacia el Este, especialmente en la cuenca del Stromme. Prescindiendo de las islas, adquirieron gran importancia las ciudades jónicas de Mileto, Mío, Priene, Efeso, Colofon, Lebedos, Teos, Eritrea, Clazomene y Focea, situadas en las costas del continente asiático.

No tardaron mucho tiempo los dorios, que hasta entonces solo habían constituido un pueblo montañés, en seguir las huellas de los demás griegos hacia las islas y el Asia menor. Siguiéronlos primero los dorios, conquistadores del Peloponeso oriental, en donde se había establecido una especie de igualdad entre ellos y los antiguos habitantes jonios y aqueos. Conquistadas por los dorios la isla de Citeres, frente a la ensenada de Laconia, y la de Egina, frente a Epidaurio, puede decirse que aquella raza sentó su planta en el Oriente mezclada con los emigrantes de las razas antiguas. Del mismo modo fué conquistada por los aqueos, minios y dorios la isla de Thera, que hasta entonces había pertenecido a los jonios, habiendo también aquellos constituido en Melos una población, parte de la cual tomó la gran isla fenicia de Creta y